

EL CARIBE COLOMBIANO EN CONTEXTO

La isla encallada: El Caribe colombiano en el archipiélago del Caribe

Alberto Abello Vives

Bogotá, Siglo del Hombre Editores y Barranquilla,
Parque Cultural del Caribe, 2015, 304 p.

Si miráramos este libro como un círculo, su centro sería, por supuesto, la Región Caribe colombiana. Esta, como todas las regiones del mundo, pero quizá más por las particularidades que Alberto Abello nos explica a lo largo de este libro, tiene varios círculos a su alrededor, de los que ella hace parte: Colombia, por supuesto, el Caribe continental y por último el Gran Caribe, compuesto tanto de islas como de zonas continentales. Abello nos da detalles históricos y anecdóticos para entender estos círculos y sus a veces inexistentes intersecciones. Para entender los círculos y sus intersecciones, es necesario entender el contexto o los contextos en que se desenvuelve la región, y para esto, a su vez, es necesario integrar miradas desde distintas disciplinas.

Contexto. Con esta palabra, que repite a lo largo de su obra, empieza Alberto Abello sus agradecimientos. Para conocer un territorio hay que conocer su contexto en su sentido amplio, como dice el autor, “población, territorio, cultura, organización social, institucional, económica y política” y eso es precisamente lo que Abello nos brinda en *La isla encallada*: el contexto, o los distintos contextos, que nos ayudan a comprender mejor a esta región. A lo largo de varios capítulos, podemos conocer desde su historia, remontándonos a antes de la Colonia, su economía y su política, sus diferencias con el resto del país y con el resto del Caribe. Pero el verdadero valor de este libro reside en que brinda un análisis integral, mezclando exitosamente los análisis y estudios ya hechos por estas disciplinas por separado para entender la región, proyectar algunos retos y recomendaciones a futuro, con la cultura como base soportando el desarrollo, la investigación y la unión de la región.

Conocer el contexto, además, es lo único que permite contar con suficientes matices para eliminar explicaciones arrasadoras y simplistas que tanto daño hacen al desarrollo de una sociedad, como la de que el centralismo es la única causa del rezago socioeconómico de la Región Caribe. Afirmación ésta que ha calado y hecho eco en una región poco educada, susceptible de “tragarse entero” y

que pudiera ser la que ha llevado, entre otras, a truncar el esfuerzo necesario de la región para progresar, al dejar de señalar otros culpables como, por ejemplo, su clase política.

Los primeros dos capítulos de *La isla encallada* son los más densos. Contienen gran cantidad de detalles históricos e incorporan análisis teóricos sobre las relaciones y la identidad Caribe. Los capítulos cuatro, cinco y seis presentan análisis sobre temas específicos y los capítulos siete y ocho presentan una especie de síntesis de todo el libro y los retos y recomendaciones del autor.

Abello, quien ha sido Director del Observatorio del Caribe Colombiano y Decano de la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad Tecnológica de Bolívar, empieza con una revisión del lugar del Caribe Colombiano, esa isla encallada, en la historiografía del Caribe. O, más bien, señala su falta de lugar, ya que en estos estudios el Caribe principalmente significa las Antillas y se ignora el continente. Así, Abello señala las diferencias fundamentales entre nuestra región y el Gran Caribe para concluir que la “isla encallada es, pues, un Caribe con indígenas y sin plantaciones” que, además, se independizó, no varias décadas, sino un siglo entero antes que las Antillas. Y narra las dificultades de nuestro Caribe para relacionarse con el resto del Gran Caribe, aunque el mismo Gran Caribe tiene las mismas dificultades para definirse y relacionarse consigo mismo. Lo que mejor lo describe es el concepto de *rizoma* que, por definición, no tiene una única raíz.

Pues lo antagonico entre sus miembros va desde las barreras de idioma hasta diferencias en sus sistemas políticos. Según el autor, sin una política coordinada de largo plazo entre las naciones del Gran Caribe, difícilmente éstas se eliminarán. Que Colombia, un país cuyas relaciones internacionales se forjan y manejan desde la montaña, muy alejadas de la costa, haga parte de este Gran Caribe, añade simplemente otro nivel de complejidad a la heterogeneidad que ya existe en un Gran Caribe en apariencia homogéneo con las imágenes de mar, arena y palmeras en el imaginario común de la gente.

Sin embargo, cuando se compara al Caribe colombiano con los países del Caribe, vemos similitudes en el tamaño de su población y su PIB, y esto nos da luces sobre aquellos rasgos en que sí nos parecemos: los habitantes de aquí y de allá parecen vivir iguales niveles de calidad de vida, independientemente de quién los colonizó, cuándo se independizaron, qué idioma hablan o qué sistema político tienen. Luego pasamos a un resumen de las principales investigaciones acerca del rezago económico de la región (principalmente con las investigaciones hechas desde el Centro de Estudios Económicos Regionales, CEER, del Banco de

la República, con Adolfo Meisel a la cabeza), con el desarrollo de la economía cafetera sobre el resto de sectores económicos, el escaso desarrollo industrial del Caribe, y la consecuente ‘mentalidad subalterna’ de las élites frente a la política económica nacional.

Abello divide la historia de la región Caribe colombiana en tres periodos. El primero va desde 1945 (con la publicación de la *Biografía del Caribe*, de Germán Arciniegas) hasta 1982 (cuando Gabriel García Márquez recibe el Premio Nobel), época en que la “cultura nacional” se vio enriquecida con aportes del Caribe. Un segundo período, que va de 1982 a 2009 (apertura del Museo del Caribe, en Barranquilla), cuando se dio una “ampliación del conocimiento sobre la región junto con los primeros intentos de su apropiación social a través de estrategias, entre ellas, la del Museo.” Aunque el autor no describe directamente el tercer periodo, se intuye que este es uno con visiones renovadas sobre la historia y la cultura, con un amplia oferta de investigaciones y con, ojalá, finalmente, el conocimiento suficiente para avanzar en el sendero del desarrollo.

Si, como dice Abello, el Caribe no se puede definir solo por sus límites geográficos o por su cultura (pues ha permeado y ha sido permeado por tantas culturas que le daríamos, efectivamente, la vuelta al mundo, pasando por África y Nueva York, para retornar a las Américas), ¿qué es, entonces, lo que sí define al Gran Caribe? Este es el tema del capítulo dos, en que, mediante un análisis geográfico, cultural, histórico y político se intenta dar respuesta a esta pregunta.

A partir de aquí, Abello nos presenta cuatro análisis sobre temas específicos, todos los cuales sirven para ilustrar la heterogeneidad Caribe. Las razones por las cuales no hubo un sistema de plantaciones de azúcar en el Caribe colombiano, mientras sí en las islas, son presentadas en el tercer capítulo. Lo que aquí hubo fue haciendas con producciones más diversificadas y, en muy pocos casos, con el azúcar como el producto principal. Y resume las diferencias en los requerimientos de tierra, capital y mano de obra entre las plantaciones y las haciendas. Concluye que las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII, que, efectivamente, dinamizaron los productos de exportación de Cuba y otros países, tuvieron poco efecto en la Nueva Granada y, en especial, en el Caribe colombiano, por no tener este oro ni otros metales preciosos, y por razones políticas (las guerras de independencia) y económicas (la dificultad de competir con La Habana por los tiempos de viaje y la escasez de mano de obra). Aunque sí hubo, por supuesto, plantaciones en Cuba, demoraron en desarrollarse en comparación con las de las colonias francesas y holandesas.

Otra divergencia en la historia del continente e islas se ilustra con la comparación entre las independencias de Cartagena de Indias y La Habana. El cuarto capítulo explica las distintas sendas tomadas por estas ciudades a partir de los mismos hechos (las reformas borbónicas, la independencia de Estados Unidos y la Revolución Haitiana) y cómo estas diferencias resultaron en gran medida de las distintas estructuras económicas y comerciales de estas colonias. Al despuntar el siglo XIX, Cartagena de Indias inició “un profundo retroceso económico y demográfico”, mientras La Habana experimentó una “transformación económica y urbanística” positiva.

Una de las tantas intersecciones caribeñas es el archipiélago de San Andrés y Providencia, que, estando mucho más cerca de América Central, hace parte del único país andino del Gran Caribe. El capítulo dedicado al archipiélago se aborda desde el conflicto fronterizo con Nicaragua. Desde el inicio, su desarrollo fue distinto al del Caribe continental colombiano, pues, ignorado por los españoles en su afán de buscar metales preciosos, el archipiélago fue utilizado por ingleses y holandeses para la piratería y el contrabando. El capítulo también da cuenta de cómo San Andrés y Providencia ha sido afectado por el narcotráfico, al igual que el resto de América Central, y relata el fenómeno poco divulgado – “invisible” le llama Abello – de grandes números de jóvenes ‘desaparecidos’ y presos por narcotráfico en cárceles mexicanas. Por último, pese a la autopercepción de mayor pobreza que tienen los isleños, en realidad tienen menos pobreza y mayores ingresos que los caribes continentales de Colombia y Nicaragua.

Probablemente uno de los más grandes contrastes del Gran Caribe se describe en el capítulo seis. En este, de manera creativa, se presentan las diferencias entre las zona bananeras de Centroamérica y Colombia. Mediante la exploración de la obra de García Márquez, Abello describe a la Colombia bananera: una zona más libre que sus pares productores de banano en América Central y el Caribe, y unas plantaciones que brindaron, dentro de todo, comunicación con los vecinos y el mundo, y atrajeron inmigrantes de otras partes del país.

El séptimo capítulo es quizás donde culmina la intención del autor al compilar este libro: reconoce los grandes avances académicos hechos sobre y en la región desde diez campos (historia, geografía, ambiente, economía, ciudad, educación, antropología, lingüística, literatura y música) y los retos, en términos de las disciplinas que faltan por estudiar (por ejemplo, explorar desde la ciencia política el fenómeno del narcoparamilitarismo en la región, la vida rural y el sector agropecuario) y las zonas que aún no han sido estudiadas (el Caribe choicano y antio-

queño, Panamá). Complementan los retos la necesidad de estudios que den una mirada integral, y no desde una sola disciplina, y estudios que ‘dialoguen’ con otras regiones de Colombia. Para abordar estos retos, propone fortalecer las redes entre los investigadores del Caribe y entre estos e investigadores internacionales.

A lo largo del texto Abello reivindica la importancia de la cultura en el desarrollo humano y material y resalta la definición de la identidad Caribe, al tiempo que detalla los avances que, efectivamente, se han hecho en investigar el territorio pero que aun así no se han traducido en mejoras reales en la calidad de vida y la disminución del rezago con el resto del país, con la aparente poca apropiación de los resultados de estas investigaciones entre la población general. Desde el primer capítulo hasta el final las siguientes preguntas rondaron en mi cabeza: ¿qué hacer con una región que tiene una serie de juiciosos y virtuosos investigadores, región más estudiada, como dice Abello, en medio de un territorio que sin embargo no se desencalla? ¿Cómo transmitir lo encontrado? ¿Cómo ‘aterrizar’ en el terreno lo encontrado?

Abello reconoce la utilidad de estos estudios para describir correctamente la situación de rezago del Caribe frente al resto del país y sus causas, pero deja la duda, también abordada por Gustavo Bell (2006) y Adolfo Meisel (2011), entre otros investigadores, de si fue el estereotipo sobre la “costeñidad” lo que pudo haber influenciado aquellas decisiones nacionales que terminaron afectando negativamente a la región. En forma reiterativa a lo largo del libro, Abello propone que “el marco conceptual de las relaciones entre la cultura y el desarrollo” sirva para indagar sobre esta cuestión y para “la identificación de las estrategias para el ‘desencallamiento’ en la medida en que la propuesta de alcanzar mayores niveles de integración regional, de integración entre la región y la nación y con el Gran Caribe, como propuesta de desarrollo, incorpora implícitamente la dimensión cultural.”

Finalmente, el octavo capítulo presenta una breve discusión sobre el valor del enfoque cultural del desarrollo, en contraposición al economicista y material, enfocado principalmente en el crecimiento económico. Es así como se cierra esta significativa obra que condensa e ilustra el estado del arte de las investigaciones sobre la región, describe los niveles de calidad de vida de sus habitantes y presenta retos y obstáculos que, a juicio del autor, impiden su desarrollo.

Cabe, para terminar, hacer tres anotaciones que, más que críticas, me parece que complementan y dialogan con *La isla encallada*. Primero, además de darle su justo lugar a la cultura, la tarea está en indagar por qué toda esa investigación que

efectivamente visibilizó nuestro rezago no se ha traducido en políticas o proyectos que, desde lo público o privado, reduzcan ese rezago de manera suficiente. En efecto, es necesario darle un impulso sólido a la investigación que se hace desde la región, pero debe orientarse para que sea pertinente, original y útil en lograr que la gente del Caribe viva mejor. Y debe ser crítica en cuánto a preguntarse si vale la pena seguir haciéndose las mismas preguntas en torno a si somos discriminados por nuestra “costeñidad”, en vez de mirar con lupa todos los problemas que aquejan el día a día de los habitantes en ciudad y campo y utilizar las herramientas de la investigación para proponer soluciones concretas. Pienso que es en el terreno directamente donde iremos resolviendo, poco a poco, los obstáculos a nuestro desarrollo.

Segundo, en cuanto a la agenda planteada por Abello, de incorporar la cultura de manera transversal en los análisis de la región, aunque ello tendría un inmenso valor en sí mismo, me pregunto si es la forma adecuada, o prioritaria, de abordar los problemas de desarrollo de la región. Como bien lo menciona el autor, todavía hay sendas necesidades básicas por cubrir, necesidades que van desde vivienda a acceso a servicios públicos y a alimentación, que requieren más que estudios y diagnósticos, acción sostenida y experimentación para implementar estrategias rápidamente, evaluar si funcionan, ajustarlas, volver a implementar y así, en una especie de prueba y error bien documentados con el fin de poder escalar lo que funcione y desechar lo que no, y sacar hasta el último provecho a los recursos disponibles para el desarrollo. Hacer pensando y pensar haciendo.

Y, tercero, con respecto al pedido de Abello de que se necesita una mayor apropiación por parte de la sociedad del conocimiento alcanzado por sus investigadores, mediante una “política pública cultural, científica y educativa”, también debe pedírseles a los investigadores mismos un mayor esfuerzo por comunicarse con los habitantes de una región que saben es poco educada.

Sin duda, excluir a la cultura de los estudios del desarrollo y limitar la concepción de este a un progreso material sin atender a su calidad (por ejemplo, su efecto sobre el medio ambiente) o su distribución es un craso error. También es falla de los investigadores realizar sus estudios desde puntos de vista netamente académicos y teóricos, con lenguajes muchas veces abstractos y, por eso, poco comprensibles para la mayoría de la población, incluso para los formuladores y ejecutores de políticas, y con conclusiones demasiado generales para guiar acciones concretas directamente en el territorio. Su utilidad para guiar discusiones y elevar el nivel del debate es, sin duda, enorme, pero cada vez se reconoce más que las fallas en los programas de desarrollo está más en su implementación que en su diseño.

Entonces, sí, a reivindicar el papel fundamental de la cultura, pero aterrizarlo, con sus objetivos y mecanismos concretos por los que se evidencie que la cultura influye el desarrollo. Poner a los estudios culturales a dialogar con las ciencias naturales, la ingeniería y la arquitectura, no solo con las demás ciencias sociales, es la avenida más certera para desarrollar estrategias concretas para el desarrollo y evitar quedarnos en discusiones interesantes pero difícilmente trasladables a la realidad desde el papel, y poder lograr así afectar realmente un cambio en el terreno y la vida de la gente.

Por último, cabe traer a colación las palabras de Juan Pablo Bonilla (1999), ex director de Fundesarrollo y hoy asesor de la Vicepresidencia Ejecutiva del Banco Interamericano de Desarrollo:

[...] el verdadero proyecto de desarrollo debe apuntar a vivir mejor, a vivir sabroso, y no convertirse en una carrera desesperada hacia uno u otro objetivo impuesto desde afuera a las comunidades [...]. Si pensamos así, sin tanto referente desesperado, sin luchar por “parecernos a”, sino por ser más nosotros mismos, [...] sin renegar porque no conseguimos volvernos desarrollados en el sentido de progreso que otros nos inocularon, sino aceptando que progresar es vivir mejor y decidirlo desde adentro, seguramente nos encontraremos con una visión mucho más densa, mucho más sincera y mucho más auténtica de región.

Sin duda, *La isla encallada* es uno de los referentes en ese proyecto de vivir mejor y más sabroso.

LAURA CEPEDA EMILIANI

Fundación para el Desarrollo del Caribe (Fundesarrollo)

REFERENCIAS

- Bell, Gustavo (2006), “¿Costa Atlántica? No: Costa Caribe”, en Alberto Abello Vives (compilador), *El caribe en la nación colombiana*, Bogotá: Museo Nacional y Observatorio del Caribe.
- Bonilla, Juan Pablo (1999), Presentación en la XXXIII Asamblea General Ordinaria de Confecámaras, Pereira.
- Meisel, Adolfo (2011), *¿Por qué perdió la costa Caribe el siglo XXI? y otros ensayos*, Bogotá: Banco de la República.